

CARLOS MUÑOZ GONZÁLEZ

The book cover features a photograph of a group of people on the back of a blue truck. On the left, a man in a yellow and blue shirt sits on the truck's edge. In the center, a woman in a pink shirt and blue headscarf holds a child. To the right, another man in a black shirt sits on the truck. The background is a clear blue sky. The title 'VIAJANDO SIN GPS' is overlaid in large, bold, black letters with a white outline. Below it, 'HUELLAS ANCESTRALES' is written in smaller white letters, and 'ÁFRICA' is written in large white letters. The publisher's logo 'INFINITO' is at the bottom.

**VIAJANDO
SIN GPS**
HUELLAS ANCESTRALES

ÁFRICA

INFINITO

Huellas Ancestrales

África

Capítulo 1

África indómita

“La lluvia moja las manchas del leopardo,
pero no se las quita”,

Proverbio africano.

Pisé suelo africano una noche de diciembre de 2014, después de navegar por el golfo de Áqaba. Cuando llegué a Nuweiba, una ciudad en la parte oriental de la península del Sinaí, caminé con la intención de buscar en las inmediaciones un transporte que me llevara hacia el Cairo; esperé en el puerto que alguien apareciera, pero allí no había nada ni nadie. Tenía la sensación de haber llegado a un lugar deshabitado: cargueros de gran calado atracados, almacenes, naves industriales; todo permanecía cerrado.

Sin saber cuál sería mi siguiente paso, me senté en el bordillo de la acera a esperar un rato y mientras tanto recordé que Nuweiba era un lugar ideal para descansar debido a sus playas y a la cercanía de las montañas, pero mi intención era continuar hacia la capital de Egipto para conocer todas sus maravillas.

Poco antes del amanecer apareció una furgoneta. Le pregunté al conductor si iba rumbo al Cairo y me dijo que sí, de manera que no dudé y me subí. Como estaba tan cansado me quedé dormido, mientras el conductor fumaba un montón de cigarrillos. Se trataba de un hombre larguirucho, algo nervioso, con los ojos despiertos y el rostro un poco pálido, como si hubiera pasado una noche sin dormir por irse de fiesta.

Percibí que subían otros pasajeros a la furgoneta, los cuales escuchaba entre sueños, pero solo me despertó el ruido del motor al ponerse en funcionamiento. Le pregunté al chofer si finalmente partiríamos; él me pidió mi pasaporte y al ver que era español me indicó que bajara, pues, por motivos de seguridad no podía transportar a extranjeros, ya que podíamos encontrarnos con grupos insurgentes islamistas en el área y era peligroso

para él llevarme. Salí de la furgoneta, desamparado y algo somnoliento, y sin hallar otra opción mejor, caminé como un penitente por las calles de Nuweiba.

De pronto, divisé una explanada desolada donde había una vieja caseta. Quizá fuera el mostrador de alguna compañía de tránsito. Al acercarme, vi un señor que lavaba un autobús estacionado: le tiraba calderos de agua a los cristales delanteros, limpiaba los pasillos y asientos por dentro. Me acerqué para preguntarle, haciéndole gestos con la mano, si de allí salía algún transporte; y al confirmarme que sí, decidí esperar sentado al lado del stand de la empresa. Transcurridos varios minutos, un bús aparco en la acera de enfrente; el hombre dejó los utensilios de limpieza y me indicó que aquel vehículo se dirigía hacia el Cairo.

Crucé la vía rápido, mientras daba las gracias torpemente, y me subí enseñándole al conductor alguna libra egipcia que había cambiado en Áqaba. Él cogió el dinero sin decir palabra, arrancó y me pidió que me sentara.

Apenas viajábamos unas pocas personas. Era un bus confortable, de color azul con aire acondicionado. Cuando arrancamos pensé que no sería muy pesado el trayecto y, aunque estaba algo cansado, sabía que aún me separaban cuatrocientos sesenta y cinco kilómetros de distancia.

Casi sin darme cuenta, había dejado atrás la ciudad de Nuweiba y el mar Rojo y me encontraba viajando por la costa sur del desierto del Sinaí, mirando las montañas abruptas y escarpadas a mi lado. En un primer instante, poco podía diferenciar aquella carretera pedregosa y su paisaje con la del desierto de Jordania, pues realmente había mucha semejanza, pero una vez que entramos en la zona norte del Sinaí, la vista se volvió más arenosa, dejando paso a un vasto e inestable desierto que se extendía a todas partes con su arena fina y lechosa.

Cuando parábamos para comprar agua en alguno de los pocos parajes habitados en el camino, era frecuente encontrarnos con soldados egipcios armados hasta los dientes, tostándose al sol apoyados en viejos carros de asalto. El estricto control de un área que desde hace años se mantenía en conflicto contrastaba con la tranquilidad con la que yo viajaba. Sin embargo, no descartaba que fuera posible el encuentro con grupos extremistas.

La carretera se abría silenciosa en una vasta planicie yerma. Mis párpados se cerraban, rendidos ante el embrujo de la arena cegadora que me rodeaba. Íbamos por el Sinaí hacia El Cairo, la metrópoli más poblada del mundo árabe y de África.

Hacia las cuatro de la tarde desperté de mi sueño, aturdido por el ruido y el movimiento: estaba rodeado de edificios y un intenso tráfico envolvía las calles de la urbe; cláxones ensordecedores invadían el ambiente, signado por una espesa polvareda que se levantaba hacia un cielo ennegrecido. A través de los vidrios, observé perplejo a miles de personas que conversaban a los gritos, carros tirados por asnos que cruzaban la vía y puestos ambulantes de comida que echaban humo por sobre las aceras.

Era, sin duda, una gran ciudad. Nada tenía que ver el Cairo de hoy con el Cairo faraónico que yo imaginaba. Sin embargo, no por eso perdí la sensación de adentrarme en una gran metrópoli. Había que descubrirla.

Nada más bajarme del bus cogí un taxi y le indiqué al conductor la dirección de un alojamiento que había reservado desde Jordania. De camino, como no había negociado el precio antes de subir y el tipo no hablaba una palabra de inglés, antes de que yo me diera cuenta, ya estaba haciéndome un tour por la ciudad y, sin saberlo, estaba dando un paseo por la Corniche con vistas al río Nilo, que apareció ante mis ojos por sorpresa. Grande y voluminoso, atravesaba la urbe de un lado a otro.

Nuestro encuentro fue fugaz y eterno. Fijé la mirada en los puentes que lo cruzaban, en los barcos de recreo, en los cruceros que navegaban por sus aguas bajo la luz del sol. Al levantar la vista, aparecían hoteles, modernos rascacielos con llamativos carteles publicitarios y una alta torre de telecomunicación que destacaba desde cualquier punto de vista. La ciudad se mimetizaba con el entorno de los edificios y las aguas del río. En la tarde, cuando el cielo parecía estar más contaminado y el sol ser más violento, mitigaba el Nilo con su frescura las satisfacciones y desdichas de El Cairo.

En un momento, le recordé al taxista la dirección de mi alojamiento; giró el coche y en pocos minutos llegamos a la Plaza Talaat Harb, que conecta por la calle del mismo nombre con la emblemática plaza de la Liberación o Plaza Tahrir, que se sitúa en el centro de la ciudad moderna. Me dejó allí, en medio de una glorieta con un tráfico horrible, donde casi me atropella un coche al bajar.

En las avenidas, aparecían edificios con fachadas de estilo neoclásico francés que me hacían pensar que estaba en París, con balaústres de hierro en sus balcones, columnas y piedra tallada. Por una de aquellas calles, rodeado de bares, cafés, tiendas de ropa y zapatos, encontré mi alojamiento en un histórico edificio que tenía una deteriorada fachada con serigrafías árabes, donde se leía la calle y el número. Se trataba de un inmueble decadente, con una puerta de entrada de hierro forjado y un formidable vestíbulo.

Musim, el casero, era un hombre de avanzada edad y barba crecida, mediana estatura y piel morena, que acostumbraba a estar sentado sobre un retal. Siempre vestía una galabiya tradicional con turbante en su cabeza. En el suelo solía tener un juego de té completo, con una antigua tetera, cubiertos de plata, vajilla de porcelana, café, infusiones aromáticas y una pequeña lamparita. Al lado estaba su cuartito y una silla para sentarse, desde donde custodiaba la portería y colaboraba con los huéspedes.

Al verlo allí, tan refinado y austero, vino a mí el recuerdo del portero de Afganistán: ambos transmitían esa delicadeza, esa aura de hospitalidad y respeto hacia todos.

Comenzaba a notar que mucho del espíritu árabe y musulmán radicaba allí, en aquel contraste entre lo sutil y lo rústico, la austeridad del desierto y sus refinadas costumbres; la aparente carencia de comodidades y la cuidada atención que uno recibe.

Me dirigía al último piso, así que Musim se levantó para abrir la puerta del antiquísimo ascensor de madera. El cable de acero chirriaba, parecía que se fuera a romper en mil pedazos. Era muy común que se bloqueara, porque la verja metálica quedaba abierta, así que yo subía y bajaba las escaleras como un ejercicio diario.

Mi habitación era un cuarto con seis literas que compartía con otras tres personas con las cuales no tuve oportunidad de hablar. No era muy amplia que digamos, aunque tenía dos grandes ventiladores de techo que mitigaban el ambiente enrarecido y el calor. Luego de recorrer durante un día entero desde mi salida de Jordania, solo quería descansar, por lo que caí rendido al llegar la noche.

A la mañana siguiente me desperté con la idea de visitar las pirámides. Era un día caluroso, pero las ganas de conocer lo que siempre anhelé me impulsaron a salir. Nada más pisar la calle, paré un taxi de color blanco con una banda a cuadros negra pintada en el lateral. Lo conducía un adolescente que vestía una camiseta de manga corta con estampados egipcios y sabía hablar inglés.

—Buenos días, joven ¿no hay tráfico hoy? —pregunté al taxista.

—Amigo, no has escogido un buen día. ¡Procura no salir! Hay manifestaciones de opositores contra la corrupción. Desde el golpe de Estado del 3 julio de 2013, cuando el presidente del consejo supremo de las Fuerzas Armadas, Abdulfatah al-Sisi, derrocó con ayuda del Ejército al presidente Mohamed Morsi, no han parado las protestas en las calles. El turismo ha bajado, la gente tiene miedo, los consulados y agencias proponen no viajar.

A pesar de su advertencia, se trataba de los primeros días de diciembre y el clima era perfecto. Las calles y carreteras eran transitables, sin caos, y dieciocho kilómetros me separaban de mi destino, de manera que hice caso omiso a lo que había dicho el chico y salí en dirección a las pirámides.

Del centro de El Cairo moderno hacia la periferia, el entorno se volvió desesperanzador y triste. Decrépitos edificios parecían estrecharse unos con otros, los aparatos de aire acondicionado afuera de las casas dándole a los bloques de apartamentos un aspecto apocalíptico, algunos con muros y paredes de ladrillo a la vista, antenas parabólicas por doquier en los tejados, ropa colgada; algunas ventanas sin cristales, otras tapiadas con cemento, bloques inacabados, a medio construir, vigas de acero descubiertas apuntando hacia arriba a un cielo sucio. Un fuerte hedor a cañería lo invadía todo mientras perros y gatos rebuscaban comida entre montañas de basura. Algunos niños jugaban a la pelota mientras la ciudad lo devoraba todo.

Sin embargo, lentamente, las calles de los suburbios de Guiza me conducían a las pirámides, y así, sin más, se cortó la ciudad ante mis ojos como una máquina taja los folios de papel. Al instante, la sombra que se cernía sobre la capital se retiró y entonces la luz incandescente del sol se reflejó sobre la arena del extenso desierto, mientras aparecía con mayor claridad la necrópolis de Menfis, capital del Imperio Antiguo. Sombra para los vivos y luz para los muertos.

Lo primero que encontré fue, esculpida en roca arenisca, la gran Esfinge. Un guía pesado me abordó con su camello, insistiéndome en montar a lomos del animal, pidiéndome altas sumas de dinero porque no había hecho su día, pero eso no importaba: la Esfinge, su cabeza humana que podría representar al faraón Kefrén y su cuerpo de león, estaba frente a mí.

Dejé volar mi imaginación, sin hacerle caso a aquel hombre, y su figura por un instante eclipsó a las tres monumentales pirámides que estaban de fondo. Aquella Esfinge, que nadie sabe quién construyó ni cuándo, contemplaba el sol con su mirada fija que parecía cobrar vida a pesar de sus más de cuatro mil años. Cautivaba verla por su halo misterioso. Era realmente la eterna salvaguarda de las pirámides, vigilante del día y la noche de Guiza, símbolo celestial y terreno de poder.

A medida que el paso me conducía al complejo de las pirámides, más asombrado quedé con aquellos misterios. Era inquietante estar allí, solo, ante edificaciones tan por encima de lo que uno cree que el hombre es capaz de hacer, pero allí estaban, erguidas sobre la arena del desierto: Kefrén, Keops y Micerino. En aquel momento solo podía alzar mis manos, admirar la majestad de aquellas construcciones y del universo, sentir cómo el enigma le da belleza a la vida, pues el ser humano busca su lugar, responder sus preguntas, aunque al final solo le basta reconocer su ignorancia.

El recubrimiento original de piedra caliza en la cúspide de Kefrén, que aún se conserva, recibía el sol y lo despedía. La pirámide absorbía la luz como una esponja absorbe el agua, invariable al clima y al tiempo. Al estar frente a Keops, la más antigua y de mayor tamaño de las tres, me quedé sin aliento; simplemente fue inevitable preguntarme de nuevo, con infantil asombro, ¿quién soy?, ¿de dónde vengo? Más alejada, vi la pirámide de Micerino, alineada con sus hermanas, abrazándose al desierto que se extendía sin límites. No pude evitar pensar en la antigua Menfis, con sus lúgubres dioses en búsqueda de la eternidad.

A la salida del complejo cogí otro taxi de vuelta, un viejo Peugeot 504 de los años setenta, pintado de negro con las aletas blancas. El chofer tenía alrededor de sesenta años y llevaba gafas, pelo y barba blanca. Luego de negociar el precio, el carro aceleró y pude ver el humo negro y denso que surgía del tubo de escape, dejando su estela por los arroyos contaminados del barrio de Guiza.

Cuando regresé al centro, las calles se encontraban cerradas, prácticamente vacías, pero el taxi alcanzó a dejarme en la plaza Tahrir, con su glorieta ornamentada con flores. Crucé a pie un paso de cebra con el cañón de un tanque apuntándome por encima de mi cabeza y atravesé las espigas de seguridad, abriéndome paso entre soldados que protegían todo el perímetro.

Allí había manifestantes que se enfrentaban a las fuerzas especiales de la policía de El Cairo y personas que huían de los disturbios. Tanquetas blindadas del ejército resguardaban todos los flancos, especialmente los edificios gubernamentales. De pronto, cuando me vi inmerso en aquel berenjenal, tuve miedo. La policía cargaba contra la gente y mi corazón palpitaba cada vez más rápido. Traté de alejarme de los disturbios como mejor pude, marchando entre el tumulto por la calle Talaat Harb hasta llegar a mi edificio.

Cuando por fin llegué, sano y salvo, saludé a Musim, subí las escaleras y traté de descansar. Todo lo que estaba viviendo en Egipto era muy intenso, realmente no había manera de predecir lo que me esperaba y lo único que podía hacer era estar dispuesto a aceptar lo que viniera.

Como mi intención era viajar después a Sudán, necesitaba visitar la embajada española para solicitar un nuevo pasaporte, ya que el que tenía estaba completo, así que me dirigí después de los disturbios a Zamalek, un distrito residencial acomodado en la isla Gezira, localizada en el río Nilo, justo en el centro de El Cairo, donde se ubica la mayoría de los edificios gubernamentales. En el consulado me dijeron que el trámite demoraría entre quince y veinte días, entonces aproveché para preguntar cómo era la situación de Sudán. La respuesta de uno de los funcionarios fue contundente:

—No es aconsejable viajar a Sudán, señor —me dijo el empleado de la embajada.

—¿Y por qué? —pregunté.

—Llevan décadas enfrentados en una guerra civil.

—Tengo entendido que ya acabó y que se libró en su mayoría en Sudán del Sur, que ahora es un país independiente, de todos modos. Yo voy hacia el norte.

—Usted decide, pero hay noticias de que los enfrentamientos comenzarán nuevamente. Además, tengo entendido que piden a los extranjeros una carta de recomendación de la embajada para poder entrar al país.

—¿Y dónde puedo conseguirla?

—Aquí se la podemos solicitar.

—Perfecto, pues hágalo. Tengo decidido que viajaré.

—Bien, queda bajo su responsabilidad. Puede usted pasar a recogerla en dos semanas junto con su pasaporte— concluyó el empleado.

En mi humilde empeño por conocer un poco mejor la ciudad y sabiendo que me quedaban algunos días libres, visité el barrio copto, la zona cristiana de El Cairo antiguo, en el distrito de Fustat, ubicado en el mismo lugar de la antigua Fortaleza de Babilonia. Cuando entré por una de aquellas puertas que se ubican en un entresijo de callejuelas, me encontré con miles de libros, pinturas y cuadros con fotos antiguas que cubrían estanterías de madera, apoyadas sobre las paredes al aire libre. Allí, mientras un hombre con una carretilla echaba cemento a los adoquines, me entretuve rebuscando entre los libros.

Los comerciantes, que vestían con pantalones vaqueros y camiseta, se sentaban a lo largo del pasillo de la misma calle en largos bancos de madera. Algunos llevaban tatuado en su muñeca el símbolo de la cruz copta. No había tanto bullicio como el acostumbrado en la parte moderna de El Cairo, pero sí mucho movimiento.

Se trataba de un lugar pequeño, de calles estrechas y altos muros con arcos de piedra. Luego de avanzar por un patio exterior y subir una escalinata, accedí al santuario interior de la iglesia de Santa María Virgen, coronada por sus dos campanarios. Saliendo de la misma a través de las calles traseras, di con la sinagoga Ben Erza, templo de los palestinos, donde se cree que la mujer del faraón encontró al bebé Moisés en su canasta de juncos, alrededor la iglesia de los santos Sergio y Baco, en cuya cripta, según la tradición, vivió la sagrada familia —José, María y su hijo Jesús— durante su estancia en Egipto.

Del mismo modo que las pirámides hacían pensar en los faraones y los enigmáticos dioses egipcios, las calles del barrio copto estaban llenas de simbología cristiana y judía. Entraban los feligreses a escuchar la misa y a

rezar a los santos; otros salmodiaban con la Torá en mano, pero, sobre todo, nunca dejaba Egipto de entrañar misterios, de enseñar enigmas.

Después de un rato, el día se me hizo turbio, pesado. Me sentí abrumado, tal vez por ello aceleré el ritmo, buscando una salida, hasta que di con un cementerio cuyas tumbas estaban adornadas con coronas de flores naturales en forma de cruz, las mismas cruces que tallan en sus lápidas, altares y dominan las cúpulas de las sinagogas e iglesias.

A veces parecía como si hubiera muchas ciudades en la misma ciudad, pues entrar a cada barrio era como atravesar una puerta a un mundo diferente. Entendí que no en vano El Cairo fue conocida por los egipcios como “la madre de todas las ciudades”. Era imposible conocerla en un día, en una semana, un mes; ni siquiera en años. Sus matices eran infinitos. Cuando salí del barrio copto y me subí a un taxi para visitar el barrio islámico, comencé a cruzarme con obras, retenciones, accidentes, atascos, bocinas estridentes que competían. Entonces, en medio del caos, recordé que estaba en El Cairo, mi interior se apaciguó y, a pesar de mi desorientación, la ciudad se abrió bella y fecunda mientras que el conductor saltaba un semáforo en rojo o daba marcha atrás por una vía de única dirección, como si resolviera el enigma de un intrincado laberinto.

Mirase donde mirase, así fuera desde el interior del coche, todo estaba cargado de una inusitada intensidad. Se alzaban a lo lejos los minaretes de las mezquitas en lo alto del monte de Muqatam, la ciudadela de Saladino, y entre todo eso puedo decir que estaba en mi salsa, viviendo El Cairo, dándole una vuelta al tornillo para buscar su ajuste, porque era en sus calles donde se engranaban todas las piezas.

Por aquel motivo terminé mi carrera en Jan el-Jalili, el antiguo bazar de la ciudad, que se situaba en el corazón de El Cairo islámico. De repente me vi inmerso en un enorme mercado, el cual tiene tanta cantidad de pequeñas tiendas y recovecos que lo mejor que podía hacer era dejarme llevar sin más. Pasee entre la multitud, sorteando comisionistas, niños, carritos de carga, todo lleno de visitantes y familias locales que acudían a regatear y hacer sus compras. En contraste con el barrio copto, todo palpitaba a un ritmo más agitado.

La insistencia, el ruido, las voces de los comerciantes cairotas, el natural desasosiego, todo ello producía un impacto extraño y seductor al mismo

tiempo, mientras caminaba entre quioscos de rejas metálicas, abiertas de par en par, en cuyos interiores había cojines, telas, pañuelos, alfombras de vistosos diseños, colores. Se vendía todo tipo de souvenirs, aunque no me detuve a comprar nada, busqué mimetizarme como un camaleón. Es allí, entre sus callejuelas, donde uno accede a El Cairo de hoy, al verdadero sabor de un dulce típico en el paladar; donde uno se olvida de las pirámides de Guiza y sus faraones al perderse entre bazares, con el bullicio de la gente, inmerso en un constante olor a especias, escuchando la llamada a la oración entre lámparas, objetos de cobre y latón que cuelgan por todas partes.

En el punto donde los minaretes de la mezquita de Al-Husein asoman, en medio de la plaza, rodeado de teterías y cafés, el cuerpo me dijo basta. Era la última hora de la tarde, cantidad de autos seguían colapsando las calles de El Cairo, pero afortunadamente pude llegar a la entrada de mi edificio; crucé el portal, saludé a Musin, subí a mi habitación y descansé del ajetreado día.

Con lo grande que era El Cairo, consideré que era mejor ahorrarme algunos taxis y moverme alrededor de mi edificio los siguientes días.

Al parecer, no solo en los renombrados y visitados cafés de Jan el-Jalili, como el bicentenario El Fishawy, conocido como el café de los espejos, uno podía sentarse en sus mesas para ver pasar la vida de El Cairo, pues por toda la ciudad se podía encontrar lugares de ese tipo. En cualquier esquina había donde sentarse a compartir un té o café, estafalarios bares donde se fumaba narguile, de paredes deslucidas y sin pintura, postes llenos de publicidades desgastadas donde ya no se veían ni las letras.

Entre sillas de madera y mesitas de cerámica, se jugaba a juegos de mesa como el domino, otros leían absortos un libro o el periódico mientras el humo de sus cachimbas flotaba como una nube en el ambiente. Había una forma particular en que las personas pasaban el tiempo, y era la siguiente: en las calles se sentaban a conversar bebiendo té, fumando shisha, ajenos al ruido y al tráfico, como si El Cairo, esa ciudad de veinte millones de habitantes, estuviera despoblada.

En aquellos lapsos de eternidad, sentía que la calma era una realidad viva en cada uno, y que una forma muy sutil de vivir el presente estaba naturalmente arraigada a la gente, aunque sus rutinas estuvieran llenas de movimiento y estrés. Me relajaba en compañía de los egipcios, amantes de

los sabores aromáticos, y como quien no quiere la cosa, fueron transcurriendo los días.

Me acostumbré a una rutina casi religiosa: era común que entrara a diario en una pastelería situada a dos calles de mi casa; allí pedía un pastel, lo cual era toda una odisea, pues el lugar solía estar lleno de gente y para ser atendido tenía que señalar con la mano desde lejos a través de un cristal. En aquel intervalo de tiempo entraba y salía todo tipo de personas: con ropa de calle, pantalón vaquero y camiseta, otros trajeados; las mujeres con pantalón de algodón o una falda por debajo de la rodilla y blusa de manga larga.

Todo en El Cairo sucedía rápido. Era una ciudad en constante movimiento. Al principio relinchaba como un caballo embriagado de tanta intensidad sensorial, pero según fueron pasando los días, comencé a respirar más suave, como un gato callejero. Poco a poco, empezaba a darme cuenta de que también podía uno relajarse.

Cerca de mi edificio, al otro lado de la carretera, había una zona peatonal llena de bares, terrazas con sillas y mesas al aire libre, muy animada hasta altas horas de la noche. Solía bajar a tomar algo cuando el sol se iba, mientras me relajaba tomando el fresco y miraba la televisión en las enormes pantallas plasma.

Algunos días, si salía del portal por el lado derecho de la misma calle, llegaba al bar de la esquina cuyos grandes ventanales sin cristales estaban tapados con tableros de madera. No regían allí las leyes islámicas, así que podía tomarme tranquilo una cerveza. Era un mítico lugar de reunión para beber y charlar con amigos. Las sillas eran de madera y las mesas y paredes estaban cubiertas de mármol. Me gustaba estar allí porque los cairotas eran muy dados a conversar.

—¿Eres español? —me preguntó un hombre en inglés.

—Sí, de una provincia llamada Asturias.

—Debe ser un lugar hermoso y seguro para vivir.

—La verdad es que sí. Es un paraíso natural rodeado de verdes montañas.

—Yo soy de Edfu, una ciudad en la ribera occidental del Nilo, de ahí mi nombre: Edfu. Nací allí, pero vivo en El Cairo desde hace años. Aquí las cosas nunca van a cambiar.

—¿A qué se refiere?

—A nuestra libertad. Sabe usted, yo fui uno de aquellos estudiantes que se manifestaron en las protestas contra el régimen autoritario de Hosni Mubarak, en aquella llamada primavera árabe de 2010-2012. ¿Has oído hablar de eso?

—Más o menos, en las noticias, por televisión.

—Aquel día todos nos levantamos a las calles contra la tiranía y la opresión. Muchos amigos míos murieron, pero creíamos que valía la pena. Derrocamos al dictador, los militares tomaron las riendas de la nación hacia la democracia... hoy día, años después, aún vivimos el mismo régimen dictatorial, aunque ahora está en manos del general Abdel Fatah al Sisi.

—Ahora entiendo mejor lo que está sucediendo en El Cairo.

—Váyase de aquí en cuanto pueda. Vele por su seguridad, pues en cualquier momento todo puede volver a estallar. El Cairo es ahora mismo una olla a presión —dijo Edfu.

La advertencia de Edfu anunciaba también el día de mi partida. Transcurridas las dos semanas, fui a la embajada española a recoger mi pasaporte y la carta de recomendación para mi entrada a Sudán. Con ambos documentos en la mano, me llegó la hora de partir. Tenía la intención de conocer Luxor, de modo que pregunté en la recepción de mi hostel cómo llegar: la mejor opción era el tren. Al preguntarle el precio del billete me respondió:

—Cien dólares si lo sacas tú en la misma ventanilla de la estación. Este es el precio que cobran a los turistas extranjeros, ya que les obligan a viajar en primera clase por su seguridad. Treinta dólares si lo saca por ti un egipcio. Nosotros te lo podemos tramitar.

—Muy bien, gracias, aunque no me hace falta. Creo que iré en autobús —le contesté.

No tenía mucho presupuesto y quería seguir viviendo el viaje con intensidad, así que al día siguiente me fui por mi cuenta en taxi a la estación de buses de larga distancia. Allí compré un boleto nocturno a Luxor, ciudad que distaba a unos seiscientos kilómetros de El Cairo.

Cuando arrancamos, noté que el estridente ruido que tenía la ciudad de día, en la noche parecía ausente. Dormitaba ella como un crío en los brazos de su madre, y de igual manera lo hice yo. Desperté al llegar a Luxor por la mañana. Desde el asiento del bus, a través de la ventana, me daba la impresión de haber llegado a un decorado de Hollywood.

En medio de una calle central, mirando la plaza cerca de la mezquita y el templo de Luxor que sobresalía entre palmeras y edificios bajos de viviendas, las calesas tiradas por caballos transportaban a los turistas que llegaban por el río en grandes barcos, ahora anclados en la orilla. Los visitantes daban sus primeros pasos indecisos, ajenos al acoso de los negociantes oriundos del lugar.

Con tanta gente que llegaba en estampida, perdí de vista la grandeza de la ciudad; tuve la sensación de estar en un dilatado espacio donde el turismo de masas lo acaparaba todo, haciendo un extraño contraste con las ruinas y su majestuoso pasado.

Nada más bajarme del bus, lo primero que hice fue buscar dónde dormir. La multitud aparecía entre calles llenas de comercios y mercaderes ambulantes; tuve de nuevo la sensación de estar en una calle de Egipto. Vendedores de falafel en pan de pita, de papiros, sombreros y sandalias; mujeres sentadas a las puertas de sus hogares vendiendo cebollas, hombres fumando shisha. Entonces, tras caminar un rato, di con una casa de tres pisos que tenía su azotea al aire libre. Allí encontré alojamiento y descansé por el resto del día, agotado por haber pasado la noche en un bus.

A la mañana siguiente, lo único que quería era salir a ver el nuevo día. Amaneció con un sol radiante, y subí al techo de la casa para ver desde allí las construcciones de ladrillo, que parecían un enredo de cajitas de cartón corrugado. Las partículas de arena volaban suspendidas en el aire y las antenas parabólicas en posición orbital, desperdigadas por todos los tejados, invadían el horizonte.

Al salir, cruzando un par de calles, ya me encontraba en el corazón de la antigua Tebas, en la orilla oriental del río Nilo, donde se erige el templo de Luxor, dedicado al culto de los vivos. En tiempos faraónicos, el templo de Luxor, consagrado al dios Amón Ra, conectaba con el santuario de Karnak y sus templos menores por la calzada de las esfinges. A dos kilómetros de distancia uno del otro, los templos estaban unidos por un camino sagrado.

Allí, en Año Nuevo, el faraón surcaba el Nilo con su barca para ser ponderado como dios supremo y alcanzar la condición de ser divino.

Pero, regresando al tiempo actual, el templo de Luxor se erigía delante de mí como un museo al aire libre, con columnas, obeliscos gigantescos con relieves y monumentos ciclópeos. Solo podía ver a las puertas del templo unas pocas esfinges, muchas sin cabeza, de las más de quinientas que se cree que custodiaban aquella gran avenida. En contraste con las imponentes ruinas, se levantaban alrededor modernos hoteles con reminiscencias coloniales y, en medio de todo, paseaban los turistas y asediaban los vendedores, quienes no daban tregua, vendiendo lo habido y por haber, desde excursiones, artesanías, objetos antiguos y collares con piedras preciosas, todo acompañado de la música estridente que salía de los cruceros que navegaban por las aguas del Nilo.

Nunca dejaba el sol de reflejarse en Luxor, dando luz y esplendor a cualquier hora del día. Pasado un tiempo en la mañana, se cernía sobre el paseo e iluminaba el camino. Al horizonte podía verse un espacio rural, más abierto y agreste, de casas de adobe, donde se encontraba en el centro el templo de Karnak, pero era una larga distancia de recorrer; tenía que dosificar mis fuerzas ya que, además, el sol pegaba muy fuerte. Tuve que convencerme de que no siempre podía verlo todo, así que desistí de ir a conocerlo, pero de igual modo estaba feliz por estar allí, de sentirme por un instante en lo que fue el centro del mundo.

A pesar de la majestuosidad que me rodeaba, lo que más me llamó la atención fue ver cómo el río continuaba nutriendo de vida a toda una civilización que se asienta en sus riberas, como si fuera una migaja de pan flotando en un oasis, con sus construcciones de ladrillos de barro similares a la coloración del entorno.

Crecen los árboles y las palmeras a la orilla del Nilo, fluye el agua mansamente a través del desierto sin que su caudal deje de correr. El mismo río que había pasado prácticamente desapercibido a mi paso por El Cairo, me abría la puerta a la capital faraónica del Imperio Nuevo de Egipto; el lugar dedicado a la muerte, donde se oculta el sol y descansan los faraones.

Así, andando por la ribera, que parecía siempre incontable en el tiempo, llegué a uno de los puntos donde las personas subían en las barcas que cruzaban el río. Pagué al barquero para salvar aquella pequeña distancia y

fue al bajarme en la otra orilla, nada más poner los pies de nuevo en tierra, que me encontré con pequeñas aldeas. Allí desayuné, alquilé una bicicleta y traté de disfrutar del recorrido, que de por sí era difícil de llevar por el sol.

Sin embargo, el verdor de las huertas y los campos hacían mitigar el calor. Pedaleaba por una planicie desnuda y fértil, me cruzaba con hombres que cargaban caña de azúcar a los hombros, la llevaban con paso lento hasta sus carros tirados por burros. También vi a campesinos que daban de comer hierba a sus búfalos mientras corrían los niños detrás de mí con descaro. Entonces me di cuenta de que eran aquellos destellos de vida a orillas del Nilo, y no los enormes monumentos, los que realmente me llenaban el corazón.

A través del verde campo, que es vida más allá de la muerte, me encontré con los colosos de piedra de Memnón, gigantes ellos como todo en Egipto, y a medida que el valle se iba difuminando sobre mi marcha, apareció el desierto violentamente, cuyos desnudos acantilados de piedra escondían los secretos del Imperio Nuevo.

Dispersos, a varios kilómetros unos de otros, estaban los monumentos funerarios y sepulturas de los faraones. Visité el templo de Hatshepsut, el cual estaba incrustado en la montaña que delimitaba el Valle de los Reyes, dominado por una colina a campo abierto.

Se trataba de santuarios para honrar a los dioses después de la muerte, algo difícil de pensar en nuestros días, donde ni siquiera apreciamos la vida. Pude percatarme de la profundidad con la que esta civilización veía el fin y cómo era para ellos un tránsito a otra dimensión más real que esta, pues era en función del más allá que hacían aquellas obras, las cuales llevaban a sus devotos a confiar en lo divino para glorificar a sus faraones, dioses que yacían bajo la tierra de Tebas esperando renacer, esperando el juicio de Osiris para continuar su camino y viajar a Aaru, su paraíso.

Cubrí aquella distancia en bici con el sol pegándome en la cabeza, tan condenado como un demonio por una carretera donde no había vegetación alguna, solo cerros escarpados y aldeas diseminadas.

De regreso en Luxor, fui a cenar y, tras no encontrar a nadie con quien conversar, fui a descansar a mi habitación, donde cayó la noche, dejando atrás aquel ajetreado día. Todo lo que había visto se había quedado en su lugar, donde tiene que estar, bajo la tierra y en el cielo.

Eran muchos los cruceros que navegaban de Luxor hasta Asuán, y pensé que no podía irme de Egipto sin contratar una excursión en uno de esos barcos por el gran río. Pero viendo que tenía un largo viaje por delante y sabiendo que la ciudad estaba tan solo a tres horas de distancia en bus y era mucho más barato, decidí viajar al día siguiente por carretera.

Asuán se encontraba al sur de Egipto, camino hacia Sudán. En el trayecto, a lo largo del desierto, era común ver presencia militar y toparse con controles. No obstante, llegué sin ningún inconveniente a Asuán, donde me bajé en una vía principal rodeada de comercios y bares. Era el comienzo de una calle peatonal rebotante de mercados y edificios, en donde me fue muy fácil buscar alojamiento, pues había muchos hoteles a precios económicos.

Unos metros adelante, di con el que fue mi hogar por aquellos días: un viejo hotel donde me acomodé en una pequeña habitación que constaba tan solo de una sencilla cama con ventilador de techo y una manta de terciopelo marrón. A la salida de la recepción, ya me encontraba inmerso en las calles del zoco.

A cada paso sentía un aroma diferente: especias, café, después frutas, carne, pan recién horneado, mojama en conserva; también encontré cantidad de figuras u objetos que representaban el mundo faraónico, esfinges, pirámides, animales y templos. Y en medio de todo eso, no solo vendían souvenirs a los turistas, también intentaban hacer trueque con ellos, ofreciendo camellos por sus mujeres, y en los puestos de ventas, lo autóctono permanecía como un cuadro abigarrado de diversidad. Nubios sudaneses, con la tez más oscura, beduinos del desierto, expatriados de otros países africanos, mujeres con sus velos negros; todos confluían en el zoco.

Al salir de la calle del mercado, una vez que retornaba a la vía, me tropezaba con mesas en medio de la calle, que eran las oficinas de las compañías de transporte donde se vendían los pasajes a Sudán. Pedí información en varias de ellas y seguí indagando por la misma arteria.

Las terrazas de los bares vibraban, pues a los egipcios les encantaba el fútbol. Veían partidos de la liga inglesa, italiana, africana, egipcia, española, se pasaban el día delante de la pantalla. No tenía mucha prisa, así que pasé una semana en la ciudad esperando la final del Mundial de Clubes. Pedía un

chocolate calentito y me sentaba a ver los partidos en primera fila mientras las aguas del Nilo corrían a escasos metros de mí.

Me gustaba sentarme en un banco a la orilla del imponente río. Las falucas –pequeños barcos de velas triangulares– avanzaban lentas, con su velamen al viento y el mástil ligeramente inclinado. Aunque no navegué en ellas, disfruté de contemplarlas, justo al atardecer, cuando el regato teñía su superficie de un tono ambarino y cambiante muriendo el sol entre la arena y las palmeras. Entonces asomaban pequeñas aldeas acuáticas, islotes llenos de vida que surgían en medio del río.

Con el paso del día el sol era mucho más llevadero a orillas del Nilo, donde las mujeres lavaban la ropa a mano con jabón en tablas y sobre la piedra. Los hombres sacaban agua del río colgando una cuerda con una vasija en el extremo largo y en el otro su contrapeso; los niños ayudaban a transportarla en tinajas de barro. Las falucas llevaban a los pescadores que tiraban sus redes al agua. Todos los días solía ir a contemplar aquellos barcos que el viento impulsaba como si se tratara de las hojas de los árboles.

Cada vez influía más la presencia del río en mí. Si en El Cairo y Luxor todo me había parecido colosal y misterioso, en Asuán fue todo lo contrario: la sola presencia del Nilo y su contemplación me llevaron hacia una realidad que ya no se fraguaba en el interior de mi mente y mi imaginación, sino que descendía a lo más concreto y vital, a lo más necesario, a mis propios pasos pisando la tierra, los cuales me iban alejando del Egipto majestuoso a lo más íntimo, donde finalmente reposaba la grandeza en la presencia del Nilo, que me hablaba de lo eterno.

El Nilo delimitaba la frontera entre el sur de Egipto y el norte de Sudán, una región llamada Nubia, el reino de Kush, donde pensaba dirigirme. Debido a su condición fronteriza, Asuán era el mejor punto para conseguir la visa a Sudán. Aunque llevaba conmigo la carta de recomendación de la embajada española en El Cairo, no me hizo falta; las cosas habían cambiado. Anteriormente, ingresar a Sudán requería de engorrosos trámites para conseguir la visa. Sin embargo, en Asuán me la facilitaron en solo un par de días. Hacía apenas unos meses que habían abierto la frontera por carretera hacia Sudán, así que sería uno de los primeros viajeros en cruzarla, pues durante años una nefasta política la mantuvo cerrada por conflictos.

Viajeros y locales teníamos entonces un nuevo paso, una nueva vía para entrar y salir del país, así que compré un boleto a Wadi Halfa, primera ciudad fronteriza sudanesa. Como en aquella época no se podía sacar dinero en los cajeros automáticos ni en los bancos de Sudán, antes de salir retiré cinco mil libras egipcias con la intención de cambiarlas a dólares. A pesar de que en Asuán había bastantes bancos y casas de cambio, me encontré por sorpresa con que nadie me cambiaba la moneda egipcia en dólares, pero sí dólares en moneda egipcia. Debía solucionar aquel contratiempo rápido porque mi autobús partía al siguiente día.

Recorrí desesperadamente todo Asuán, banco tras banco, calle por calle, hasta que finalmente tuve que acudir al mercado negro. Entré a una joyería y logré cambiar alguna libra egipcia en dólares, pero la comisión era altísima, así que regresé a la compañía de buses en busca de ayuda.

Me consiguieron un contacto para el cambio porque, según ellos, tratándose de dinero, todo se conseguía en África. El agente de la compañía de viaje que permanecía sentado a la mesa sacó su teléfono móvil del bolso, hizo una llamada y enseguida un hombre se presentó en moto. Traía libras sudanesas y dólares. Hicimos los cálculos allí, en la misma calle. Me quedé con unos dólares por seguridad, el resto lo cambié todo en moneda sudanesa. Respiré tranquilo, pues llevaba conmigo una cantidad en efectivo cercana a los trescientos dólares para mi viaje por Sudán.

Tras dos horas y media de recorrido el bus se detuvo en Abu Simbel, la última parada en Egipto. Allí, a orillas del río Nilo, se cortó la carretera. Estábamos ante el lago Nasser, creado en la cuenca media del río que se extiende hasta pasar la frontera con Sudan, resultado de la construcción de la presa de Asuán. Esperamos la llegada de un ferry, que después de un rato llegó y subimos a él montados en el bus. Imponentes dunas iban aminorando su altura a medida que se acercaban a la orilla, donde desaparecían.

También sobresalían rocas que parecían salir de la profundidad de las aguas. El sol era menos fatigoso sobre el suave caudal del agua, todo lo atosigante y embarullado que resultó viajar por Egipto se volvió silencio y calma. El paso de un país a otro navegando se hacía pausado y agradable. No había nada alrededor y aunque al interior del bus había bullicio el ambiente era sereno. A medida que nos alejábamos de Egipto y nos adentrábamos en tierra nubia todo lo vivido se fundía en la visión extensa del agua. Bajo la luz

del mediodía la proa del barco desplazaba las ondas de agua que se perdían a lo lejos.

Una vez desembarcamos, nos quedaban aún un par de kilómetros por carretera para alcanzar el puesto de control de salida. Entonces todo cambió al instante: la gente se alborotó y andaban de pie saltando por los pasillos, cogiendo sus mercancías. Sin embargo, en medio de ese ajetreo yo me encontraba bien, pues estaba acostumbrado a ese tipo de sucesos y por eso mismo disfrutaba aquellos momentos.

Al llegar, los pasajeros tuvimos que bajarnos del bus ante las autoridades egipcias y sacar todas las maletas para revisarlas una por una en la calle donde se había formado una gran hilera. Todo el proceso de sellar los pasaportes y volver a recoger el equipaje fue una odisea, horas de espera.

Luego de subir de nuevo al autobús la distancia hasta la frontera de Sudán fue mínima, de dos horas aproximadamente. Allí se repitió el mismo desarrollo, con más desorden que el anterior. Mientras sujetaba con mi mano un microondas para dárselo a un hombre por la ventana, un bidón de agua de cincuenta litros se basculó por todo el pasillo. Al menos, después de todo, habíamos llegado a nuestro destino final: Wadi Halfa.

Capítulo 2

Una absurda tramitología

Al llegar a Wadi Halfa, supe que no se trataba de una gran ciudad: la conformaban unas cuantas calles sin asfaltar, cubiertas de polvo, y varias viviendas bajas de adobe, algunas pintadas en tonos pastel. En cualquier lugar adonde iba, la gente se sentaba en sillas durante horas, a ver la televisión, como si no hubiera otra cosa que hacer.

Recorrí la ciudad con Abdul, quien era un sudanés de mediana estatura, delgado, que parecía saber bien por dónde pisaba. Me dijo que fuéramos al hotel para dejar las maletas y cenar algo, sin embargo, ¡por Dios misericordioso!, ¿aquello era un hotel? Compartíamos cuatro ruinosos y pequeños camastros de hierro en un cuarto infame de paredes negras y mugrientas. Era un económico alojamiento de dos, tres euros la noche. A pesar de la impresión que me produjo, asumí fácilmente que era mi lugar, así que dejamos el equipaje y Abdul me dijo que saliéramos. Como no podíamos comunicarnos bien por el idioma, me rondaba cierta inquietud por conocer algo en torno a la vida de aquel hombre que era mi nuevo compañero de viaje, pues pude entenderle que, al igual que yo, estaba viajando y quería invitarme a conocer su cultura y su tierra.

Llegamos a un bar que estaba lleno de personas que cenaban juntas, sentadas en grandes mesas comunales. Yo era el único blanco y al principio estaba algo impresionado. Quizás el miedo me invadió por el brusco cambio: sus rostros negros, las miradas sufridas, algunos con marcas de escarificación tribal en su cara, y también cristianos procedentes de Sudán del Sur.

Yo permanecía en silencio y era inevitable sentirme intimidado, además de no entender una palabra de lo que decían. Miraba de aquí para allá y solo había alboroto, todos se levantaban de la mesa hacia un mostrador de madera para pedir su comida, y justo detrás estaba la cocina, donde cocinaban en parrillas hechas con bidones metálicos y en grandes ollas. Abdul apuntó con su dedo hacia una de ellas, le sirvieron un plato de estofado de lentejas que yo también pedí. Con el recipiente en la mano, nos hicieron un hueco y poco a poco el encuentro fue mejorando para mí.

Al cabo de un rato, el griterío general de la gente –tanto de quienes esperaban sitio para sentarse como de los que levantaban de la mesa según acababan de comer– hizo que me sintiera mejor. Iba superando el temor inicial, pues todos estaban saboreando su cena, pocos perdían el tiempo en fijarse en mí. En el tablero de madera, que más parecía un campo de batalla, se servía pan y agua fresca del Nilo en grandes tinajas de barro. Abdul se levantó, trajo unas brochetas de kebab de carne y pollo y se ofreció a pagar la cena aquella noche.

De regreso en el hotel, me recosté de lado sobre mi brazo, como un pajarito abandonado en aquel camastro de hierro sin almohada. Dormí como pude, esperando que amaneciera cuanto antes para salir pronto de aquella inmundicia. Era difícil creer que entre tanta pobreza Abdul fuera tan generoso conmigo, pagándome aquella cena.

Sobre las siete de la mañana sonó el despertador. Abdul me dijo que se dirigía a la ciudad de Karima, en el Estado Norte de Sudán, así que decidí ir con él, pues me dio a entender que desde allí salía transporte a Jartum, la capital.

Sin buscarlo, mi ruta se iba planificando sobre la marcha. Dejamos el hotel y echamos a caminar por las cuatro calles de barro de Wadi Halfa. Era curioso, a pesar de no hablar nada con Abdul, su sola presencia me reconfortaba. Caminaba muy erguido, con cierta elegancia, serio, sin mostrar una sonrisa, pero cercano, paciente. Siguiendo sus pasos llegamos a una oficina de transportes que se levantaba entre casuchas de hojalata y palos. Allí compramos los boletos hacia Karima.

Aún era temprano y recién estaba llegando la gente que se quedaba de pie esperando afuera o sentados en un sillón dentro de la caseta. De repente cogieron mi mochila y la subieron al techo de una furgoneta que estaba allí aparcada y que en un abrir y cerrar de ojos arrancó. Yo me quedé estupefacto sin entender absolutamente nada, pues lo lógico para mí era que Abdul y yo subiéramos, pero no fue así. El transporte se había ido y Abdul intentó calmarme al ver mi preocupación y nerviosismo, procurando darme a entender con gestos que para salir todavía faltaba tiempo. Entonces, cuando percibió que yo le había entendido, se fue a dar un paseo por el pueblo, sugiriéndome que también yo hiciera lo mismo. Así que fui a

una comisaría cercana, pues escuché que tenía que registrarme para poder viajar por Sudán. Allí estaban sentados los oficiales, postrados en sus asientos, sin mucho afán por levantarse. Finalmente llegó mi turno y el funcionario me atendió. Para mi sorpresa me pidió cincuenta dólares, argumentando que era necesario retribuir por el registro.

—No, señor. No tengo ni voy a pagarle— respondí sin vacilar.

—Tiene que hacer el pago, pues debe registrarse en la policía para poder viajar por Sudán —me dijo en una actitud bastante tranquila el policía.

—Ya pagué la visa y no pienso desembolsar dinero otra vez.

—Tiene que pagar —insistió enfáticamente.

Entonces cogí el papel cabreado y aboné los cincuenta dólares que me pedía.

—¿Ya estoy en regla para viajar por Sudán? —le pregunté.

—De momento, sí, pero sabrá que no puede sacar la cámara en lugares públicos, sagrados, gubernamentales... Está expresamente prohibido. Si quiere fotografiar las pirámides y lugares arqueológicos, debe sacar otro permiso.

—Está bien saberlo. Tengo que irme— le respondí disimulando la rabia y la impotencia ante tantos protocolos.

Después regresé a la agencia de transporte y allí estaba de pie Abdul, esperando. Yo me senté en el sillón de la caseta. Cuando regresó la furgoneta al mediodía, para mi sorpresa, la mochila permanecía como cuando se fue a las siete de la mañana, en una esquina del techo, bien amarrada con cuerdas. Suspiré y me alegré de encontrarla en el mismo lugar.

El furgón rápidamente se llenó y arrancamos rumbo a Karima, a través del desierto de Nubia, en la región oriental del Sahara, al noroeste de Sudán, entre el río Nilo y el mar Rojo. En el horizonte no se divisaba indicio alguno de vida, solo una meseta arenosa, un lugar árido con pequeñas rocas que hacían patente nuestra insignificancia.

Durante el trayecto miré por la ventanilla. Una vez en la pista recta, poco cambiante, pensé que llegaríamos rápido a Karima. Abdul, que iba sentado al lado mío, no abrió la boca en todo el viaje. Mis nuevos compañeros nubios –hombres afables de tez morena que vestían túnicas blancas y largos turbantes– sí lo hacían: eran musulmanes y hablaban su propia lengua, con muchos ademanes y movimientos.

Cuando hacíamos un alto en el camino para beber agua que encontrábamos en una especie de lugar de avituallamiento con grandes cuencos de barro que había dispersos por la carretera, miraban con la mano al frente, orientándose por el sol. Por el contrario, yo me sentía sofocado por la luz y el calor, molesto, y a veces me preguntaba, perdido en medio de la nada, hacia dónde me dirigía.

Pasaba la mano por mi cara llena de polvo y miraba hacia la distancia infinita. Me sentía ajeno al entorno y a la gente. Sin embargo, sabía que el desierto también puede abrazarte, penetrar en tu confuso interior y sacar a la luz lo verdadero, acompañarte en tus sentimientos más angustiosos, pues es un amigo que se le conoce con el tiempo, aunque siempre sea un extraño. Nunca deja de brillar el sol y si miras al horizonte, es como una textura de fondo de acuarela: todo se difumina en el espectro de sus colores que se funden entre sí.

Al inicio del recorrido, nos cruzamos con agricultores a lomos de sus burros y rebaños de camellos cargados de trigo, pero pasadas unas cuatro horas de viaje, parecía que no hubiera vida en Sudán: todo estaba aparentemente inactivo. Abdul seguía silencioso, la luz era cegadora, el sol ardiente, la arena cada vez más fina y rojiza.

De repente, un desvío señaló un poblado de casas adobe que emergió de las entrañas del desierto. Dóngola apareció a lo lejos ante mis ojos como una ciudad en la tierra, resiliente en todos sus ciclos de vida, con un aire quebradizo y reseco en un desierto hostil. El conductor no se detuvo y seguimos directo a Karima.

Un par de kilómetros antes de llegar, divisé por la ventana la colina Gebel Barkal, ‘Montaña Pura’, el hogar del dios Amón en Egipto y Nubia, una fugaz escena que veía al horizonte, en cuya cima plana y grueso cuerpo incidía el sol dando una sensación de vacío y grandeza. Sobre aquel terreno desértico, donde todo parecía infértil, se fundó Napata, capital de Nubia, un territorio

rico conocido como el reino de Kush del cual solo quedaban ruinas de un templo diseminadas al pie de la montaña.

El paso por allí fue breve, aunque pude entrever que la vida humana sobre la tierra es pasajera, a pesar de dejar un rastro perdurable. Al igual que en Egipto, lo único que permanecía vivo y constante era el cauce del Nilo, esa fuente inagotable de vida que corre en medio de aquel erial a lo largo de los siglos. Aunque en Sudán se encogía, seguía siendo el mismo río, fundamento de la vida para sus pobladores y corazón que de parar dejaría desolados a los habitantes del desierto.

Cuando llegamos a Karima, Abdul se despidió y me sugirió un hotel económico al final de la calle. Había dejado en mí una huella difícil de borrar, pues su carácter, que no sentía preocupación alguna, consolaba mi alma errante, y con todo lo complejo que resultaba viajar por tierras sudanesas me había dejado la sensación de que no había personas más generosas que los nubios.

Abdul se alejó entre el tumulto de la gente, y entonces vi que Karima crecía alrededor de un mercado con puestecitos de madera y techumbre de lona plástica en donde se vendían alimentos, telas y otros utensilios. Taxis, colectivos, puestos de venta, todo giraba en torno a aquella explanada central. Los habitantes vestían túnicas —que los cubrían desde la garganta hasta el tobillo— y sandalias. Algunos llevaban chaleco encima y otros la bufanda colgada en el cuello, con gorro o turbante. Las mujeres se cubrían con vestidos estampados hasta la cabeza y eran de labios gruesos y prominentes, marcados pómulos, con una permanente sonrisa; servían té en pequeños puestecitos improvisados de madera o metal, con sillas plásticas para que se sienten los clientes.

Al llegar a mi alojamiento me encontré nuevamente en otro sórdido lugar: el hotel parecía un hospital o un barracón de la Segunda Guerra Mundial, lleno de personas que dormían en hileras de camas esparcidas por varias salas sin puertas. A mí me tocó hacerlo sobre una tabla de metal oxidada con una colcha fina, negra como el carbón, agujereada. Sobre mi cabeza tenía una bandada de mosquitos zumbando todo el tiempo y el calor era sofocante.

—Tienes que registrarte por seguridad en la oficina policial de Karima. Es un requisito obligatorio para los extranjeros —me dijo el dueño del lugar.

—¿Otra vez? Es una pesadilla la burocracia en este país. No se pueden dar dos pasos sin registrarse en cada pueblo que uno pisa —le dije ofuscado.

—Son normas del Estado. No está lejos —me respondió.

Me subí en un triciclo motorizado de color negro y amarillo, muy similar a los que se usan en India. El sol a techo cubierto no fastidiaba, aunque hacía mucho calor. La carretera principal estaba asfaltada, pero cubierta de una capa de polvo de tierra que se levantaba al pasar.

El trayecto fue corto. Cuando llegué, me presenté en la oficina e ingresé a un pequeño despacho donde había una mesa y una silla con una cama al lado para que el oficial durmiera. Allí me tomó los datos, apuntó mi nombre en un cuaderno, la dirección de mi hotel y me dejó ir.

De regreso, busqué mi saco de dormir y me metí en él para ocultarme de los mosquitos, pero era mediodía y el calor era asfixiante. “Tengo una pensión, ¿qué estoy haciendo aquí?”, me reproché desolado. “Podría holgazanear a la bartola en las islas Filipinas, tumbado en una hamaca bajo la sombra de una palmera bebiendo un delicioso batido de frutas tropicales. ¿Realmente quiero empezar esta aventura? Solo es mi segundo país en este continente y si todo sigue igual, en breve tendré una malaria cerebral, y no quiero morir”. No quería dormir la siesta en el cochambroso lugar, así que decidí salir de paseo a tomar aire para ver si podía devolver la claridad a mi mente.

Fue salir a la calle que recuperé la calma al instante, tras librarme de aquellos mosquitos. Entonces, una vez resolví aquella situación que me horrorizaba, le pregunté a un taxista por las pirámides de Meroe, las más significativas de Sudán, pues no sabía dónde estaban ni a qué distancia.

Akil, el chofer, me mandó subir al Mini Cooper, y así lo hice. Apenas arrancamos, se detuvo en la salida de la ciudad y, para mi asombro, señaló el horizonte: allí se veía un grupo de cinco o seis pirámides a poca distancia de la carretera, que yacían solitarias en medio del desierto. Me bajé del auto y pisé la arena. Miré alrededor y no había nadie allí para pedirme ningún permiso. Estaba solo. No tendría problemas en sacar unas fotos. Enfrente había un reino que perduraba silencioso, durante siglos, a través de sus ruinas. No podía haber sido mejor.

Regresé al taxi y Akil amablemente se ofreció como guía aquella tarde. Me sugirió ir un poco más lejos, así que seguimos a través de las tierras de Nubia por un camino inesperado para mí, debido a mi nula información sobre las pirámides y sus enclaves arqueológicos.

Varios kilómetros más adelante entramos por una senda de arena. De repente el coche quedó atascado. No podía avanzar ni retroceder. Akil bajó y me señaló hacia unas dunas onduladas, dándome a entender que caminara porque él debía quedarse desatascando el auto, así que caminé hasta que en un punto paulatinamente comenzaron a aparecer nuevas pirámides.

Estaban dispersas entre la arena y, aunque eran de menor tamaño que las egipcias, estas permanecían intactas. No sabía dónde me encontraba, allí no había nadie; todo era enigmático y silencioso. Estaba ante el reino de los faraones negros kushitas y no lo sabía. Era grandioso sentirme perdido en aquel arenal, viendo los misteriosos vestigios de una antigua civilización, de manera que me tumbé en la duna, mirando hacia aquellas tres pirámides semiocultas, construidas en pequeños ladrillos alineados simétricamente. El silencio y la ausencia me hacía sentir fuera de este mundo.

Cuando regresé, el taxi seguía atrapado en la arena. Unos hombres se acercaron para ayudarnos, metieron cartones, palos y piedras sobre las ruedas, y entre todos empujamos para sacarlo. Cuando subí de nuevo al taxi, Akil me dio a entender que las pirámides de Meroe estaban muy lejos. De todos modos, regresé al hotel fascinado por el reino descubierto, aunque los mosquitos rápidamente me recordaron que debía partir pronto.

Decidí partir a la mañana siguiente rumbo a la ciudad de Jartum, en donde podría hacer los trámites necesarios para poner rumbo a Etiopía, ya que solo quería dejar aquel lugar enfermizo, salir de aquella pesadez.

El bus a Jartum no salía del mercado central, sino unos kilómetros más adelante, pero allí mismo cogí un taxi. Nadie me acosaba ni me pedía nada, y recordé agradecido que definitivamente no estaba en un destino turístico. Sin embargo, los nubios, esos hombres de ojos azulados y piel más oscura que los egipcios, me recibían con reverencia y hospitalidad, no por interés sino por costumbre. Desde que había puesto un pie aquella región lo había sentido así a través de Abdul, quien había sido un claro ejemplo del sentir solidario de aquel pueblo.

Yo esperaba el bus comiendo pollo a la parrilla en un bar con los habitantes del desierto que se presentaban orgullosos como nubios. Aunque no nos entendíamos, me ofrecieron un sitio para sentarme con ellos a la mesa, donde compartimos una gran bandeja de ave de corral entre todos. Cuando me acercaba a ellos, estiraban sus brazos en señal de ofrecimiento, haciendo honor a su hospitalidad. Aquellos espontáneos encuentros eran significativos para mí, pues al sentir ese calor humano, sincero, renovaba mi entusiasmo por el viaje.

Dormí una siesta en el bus, y al despertar me encontré con un tráfico intenso; había talleres al borde a la carretera, grandes fábricas, viejos camiones de carga Bedford llenos de gente. Mientras tanto, pasaban por televisión un documental sobre los derviches que me mantenía ocupado y atento.

—¿Dónde son esas danzas? —pregunté a Faiz, mi nuevo compañero de asiento que por suerte chapurreaba algo de inglés.

—En Omdurmán. Se celebran dos veces al mes, cada quince días. Hoy se festeja. Allí vivo yo, y estamos llegando. Si quieres puedes bajarte conmigo —me respondió.

No tenía mucho tiempo para decidirme pues el bus rápidamente se detuvo. Entonces, casi sin pensarlo, me bajé con él, pues no pude contener el impulso de conocer a los derviches. Seguía los pasos de Faiz por las calles de Omdurmán, que parecían un enjambre de abejas. Por entre barrios de casas bajas, de ladrillo y adobe de color barroso, miles de personas caminaban por entre los coches: las mujeres con sus túnicas de colores vivos, envueltas de pies a cabeza, y los hombres con sus galabiyas también coloridas, sin una mancha ni arruga.

En los costados se apelotonaban los puestos ambulantes donde se vendían calderos de plástico, sandalias, ropa y colchones. Muchos fieles llegaban para visitar la tumba de su profeta proclamado como El Mahdi, Muhammad Ahmad, el líder religioso musulmán libertador del Sudán egipcio.

Faiz tenía un temperamento educado. En medio de aquel ruido, él siempre hacía las cosas con calma, hablaba sin subir nunca el tono, se mostraba tranquilo, con una mirada sincera. Mientras caminábamos iban apareciendo amigos suyos que me presentaba con alegría. Alrededor todo se movía con vitalidad, los conocidos de Faiz saludaban afablemente y yo sabía que otra

vez había dado con buena gente. Me iba sintiendo cada vez más confiado a medida que el día avanzaba. Faiz se detenía de vez en cuando en algún puesto de a pie para beber un refresco, un té o comer algo, y como Adbul, sin decir una sola palabra, trataba de pagarlo todo y complacerme. El atardecer era más fresco en la ciudad, lo que hacía más llevadera la caminata. Además, al amparo de Faiz, que iba abriendo paso, todo era más fácil.

Ya estaba anocheciendo cuando llegamos a una enorme plaza central donde la mezquita asomaba entre un montón de casetas dispersas. Se parecía a la Feria de Abril, solo que en lugar de flamenco se escuchaba el eco de las oraciones. Buscábamos a los derviches entre el tumulto, pues todos los viernes se concentraban alrededor de la tumba de Hamed al-Nil, un líder sufí del siglo XIX, para realizar sus danzas catárticas hasta entrar en trance y acercarse a Dios. Caminábamos observando las distintas carpas donde había grupos sentados que charlaban en corro, bebían té y rezaban; vestían túnicas de lana, algodón y adornos con dagas y sables.

Parecía que los entoldados estaban compuestos por distintas cofradías, unos más grandes, otros más pequeñas, a raíz del número de personas que había dentro. Entonces, cuando el sol se escondió por completo, las luces anunciaron el inicio de la fiesta. Antes de que se hiciera muy de noche, cenamos unas brochetas de pollo, y fue en aquel momento que Faiz me dijo que estaba cansado y que se iba a su casa, no sin antes invitarme a ir con él. Para mí, que no entendía nada ni tenía idea de qué era lo que iba acontecer ni en dónde estaba realmente, todo aquello me generó cierto desconcierto. Finalmente, contra la voluntad que tenía de asistir a las danzas sufís, comprendí que lo que tenía que vivir con Faiz era más importante y profundo que ver a los derviches, así que cogimos un triciclo motorizado y nos fuimos.

El recorrido aquella noche fue inesperado, un poco arriesgado. Cubiertos por la oscuridad podía pensar en lo peor. Me había ido a casa de un extraño que apenas unas horas atrás había conocido, aunque tenía claro que tras aquel rostro afable había una bella persona. Ocasionalmente nos cruzábamos con coches y motos, algunos de ellos sin luces, pero Faiz seguía tranquilo, sentado al lado mío con total serenidad. Llegamos a un barrio a las afueras de Omdurmán donde apenas se veía gente, solo unas cuantas

casas dispersas pegadas a la carretera, una de las cuales era la de Faiz, rodeada de un vallado con una gran entrada y un patio.

La estructura era de una sola planta, con varias habitaciones sin puertas. Una vez adentro, Faiz me ofreció su sofá. Ya bien caída la noche, según llegamos, se fue directo a su habitación a dormir. Era veinticuatro de diciembre, Nochebuena. No era la primera Navidad que pasaba lejos de mi familia durante el viaje, pero sí la primera vez que lo hacía en el continente africano, con una familia musulmana de Sudán, lo que hizo que me sintiera como en mi hogar. La sensación de ir a la deriva entre la arena y el azar se había ido, al menos por un momento.

Al día siguiente, me presentó a su padre, que trabajaba con él fabricando portones metálicos, sillas y camas de acero que exponían al lado de la carretera. Me enseñaron también unos cabritos que tenían metidos en una jaula. Su padre era un hombre silencioso y tranquilo, como Faiz. Me hizo sentir bien el hecho de levantarme en el seno de una familia el día de Navidad, aunque en aquel hogar no celebraban. Bueno, no festejaban, pero había unión y hermandad, que es lo único valioso de esa fecha. Pensé en mi abuela, que estaría en España preguntando a mi tía, toda preocupada, por mi estado, y anhelaba que pudiera ver lo alegre que se sentía su nieto de dar siempre con gente buena. Pero en donde estaba no había Internet ni otra manera de comunicarme con ellos. Siempre recordaré aquella Nochebuena en que Faiz, sin conocerme, me dio cobijo como a un hermano. Al igual que Abdul, hacía el bien sin ningún interés.

Al día siguiente me acompañó con su padre hasta la ciudad de Jartum. El cielo estaba despejado y a medida que avanzábamos hacia el curso del agua, el terreno se volvía verdoso. En diez minutos estábamos cruzando el viejo puente de hierro que atravesaba la carretera que conecta Omdurmán con Jartum, en donde confluyen los dos grandes brazos del Nilo: el Nilo Blanco, procedente del Lago Tana en Etiopía, y el Nilo Azul, del Lago Victoria, en Uganda.

Allí el río apareció de nuevo mientras el sol calentaba nuestras espaldas, e igual que en El Cairo, seguía su curso penetrando en la ciudad, entre mezquitas y grandes edificios de cemento, con sus aguas revueltas y orillas de agradable arbolado.

Al atravesar el puente, nos bajamos en el centro de la ciudad. La primera impresión fue la de encontrarme en una urbe bulliciosa y desorganizada, en medio de calzadas polvorientas repletas de gente, coches y atascos. Estaba totalmente desorientado, sin saber a dónde ir. Entonces le pedí a Faiz y su padre que me ayudaran a encontrar alojamiento. Caminamos por las calles de Jartum y cruzamos varios mercados hasta la arteria principal donde todo confluía. Era una gran explanada central alrededor de la cual había varios hoteles. Allí me despedí de aquellos generosos hombres.

El encuentro con Faiz y su padre me había traído serenidad. Aunque Jartum era una ciudad ajetreada, la sensación de calma permanecía. Cuando estuve solo en la habitación, pensé en lo que había vivido días atrás, y quizás por el recuerdo de aquellos días difíciles, durmiendo en sórdidos lugares, mi nuevo cuarto, que ni siquiera era acogedor, me pareció el mejor del mundo.

No había como sentarse de nuevo en un colchón, mirar por la ventana, ver pasar la vida, sentir las ganas de entregarse a lo desconocido y lanzarse al mundo. Entre tanto, el alboroto afuera era tan pesado que podía gritar asomado entre las cortinas y nadie iba a escucharme. Si bien podía visitar algún poblado imprevisto de camino, no tenía pensado detenerme en Sudán del Sur. Viendo el carácter afable de sus vecinos musulmanes del Norte, todo aquello me hizo pensar que las guerras civiles eran generadas por conflictos religiosos entre ambos polos.

Cuando llegué, decidí no salir, pues sentía que necesitaba reponer fuerzas, pero al día siguiente partí muy temprano, con los primeros rayos de sol. A primera hora, recién se levantaban las rejas metálicas de las tiendas ubicadas en el centro, en las plantas bajas de los edificios, donde había almacenes de ropa, peluquerías y supermercados, todos con carteles en letras árabes. Jartum parecía una extensión de Omdurmán, tan solo las separaba un puente. Era un hervidero de gente bajo el sol, una ciudad cubierta de polvo que, a pesar de ser musulmana, carecía de esa magia que atesora El Cairo; Jartum nunca mudaba de piel, se mantenía inquieta, ardiente, asfixiante y agrietada.

La calle estaba sucia, llena de papeles y tierra. Vi un hombre sentado vendiendo gafas de sol al lado de una caja de cartón, una mesita redonda con patas de hierro y cuerdas de plástico, de la medida de un aro de baloncesto. A su lado, otra persona vendiendo móviles. Uno vestía camiseta de manga larga, pantalón y zapatos; el otro una túnica blanca, bonete y

sandalias. Uno se apoyaba con las piernas estiradas, echado sobre el respaldo de la silla, el otro permanecía erguido. Mientras me fijaba en ellos, otro sujeto cruzó por el medio de la calle con una carretilla de obra vacía, esquivando grandes socavones de alcantarillas abiertas.

Encontré un cibercafé y me senté a tomar el desayuno; muchos clientes podían pasar de los dos metros de altura, por lo que me sentí como un liliputiense. Empecé a frecuentar el sitio todos los días, tomando zumo de naranja y dátiles; en ocasiones, incluso, me pagaban lo que pedía. La hospitalidad definitivamente era un rasgo cultural predominante del pueblo sudanés.

De regreso, a la entrada de mi hotel, había una alfombra gigante donde las personas se juntaban formando hileras en grupos de diez, veinte personas para rezar en la llamada a la oración mientras otros lo hacían esparcidos por las calles.

Aunque me sentía distante, al verlos mantuve la mente abierta, lo que me hizo sentir bien con todos. A partir de los atentados terroristas del 11 de septiembre, el gobierno de Estados Unidos hizo una lista negra de países que apoyaban al terrorismo; Sudán era uno de ellos, al albergar durante cinco años a Osama Bin Laden, líder de Al Qaeda. Sin embargo, lo que sentía al estar allí era que existía otra realidad de fondo, muy distinta a la mía, pero nada violenta.

Lo más gratificante era que yo lo había vivido en mi propia piel y tenía la absoluta certeza de que el llamado “Eje del Mal”, supuestamente conformado por países como Sudán, Afganistán, Irán, Myanmar, eran en realidad los lugares donde me había encontrado con algunas de las personas más nobles y hospitalarias del mundo. Era bonito saber que todavía habita más gente buena que mala en este mundo, aunque hay que viajar para verlo y sentirlo.

El viernes, al despertar, vi la calle vacía desde mi ventana. Parecía que se había librado una batalla campal, pues todo estaba lleno de suciedad. Ante mí había un enorme círculo de asfalto donde convergían cuatro vías principales. Sin embargo, los coches habían dejado de circular y todo había quedado desolado. Los edificios más altos, de unos cinco pisos, sobresalían del resto con su fachada lucida, pintada, mientras los flancos seguían con el

mismo ladrillo de obra. Se trataba de un día festivo y el ambiente era fantasmal.

En el hotel que me dijeron que necesitaba registrarme y entendí que debía sacar otro permiso para salir del país. ¡No podía creerlo! Las gestiones para viajar por Sudán me llevaban al límite del agotamiento. ¡Era desesperante! Dediqué todo un día para encontrar la oficina de extranjería, pero fracasé en la búsqueda, así que lo intenté al día siguiente. Finalmente pude ubicarla cerca del aeropuerto y de la embajada de España, en el barrio de Burri, así que fui hasta allí solo para pedir la nueva autorización.

—¿Eres extranjero? ¿Estás de negocios? —me preguntó uno de los empleados.

—Sí —le respondí—. Necesito el permiso de salida del país —le dije en tono suave.

—Aquí lo tienes —me dijo al dármele—. ¿Sabe usted que es obligatorio registrarse en la policía y sacar otra autorización para fotografiar los vestigios arqueológicos?

—Sí, lo sé. Muchas gracias —le dije conteniendo la ira.

La embajada de Etiopía fue la más rápida en tramitar la visa en toda la vuelta al mundo: ¡quince minutos!

Al día siguiente cogí un taxi hasta la estación central para buscar transporte y emprender rumbo a la ciudad de Gadarif, cerca de la frontera con Etiopía, en mi camino a la ciudad de Gondar.

Cuando bajé al costado de la carretera, aquello era una marabunta de personas vestidas con túnicas blancas que atravesaban por el medio de la vía, entre los coches, destacando como múltiples puntos blancos; se agolpaban alrededor de una gran explanada entre mercados ambulantes, en lo que era la estación de autobuses, rodeada de antiestéticas fachadas de hoteles a la misma altura de la gran mezquita de ladrillo, Al Kabir, de donde asoman a lo alto, redondos y alargados como clarinetes, sus minaretes.

Entre todo aquel barullo, intenté buscar la salida. Cientos —por no decir miles— de pequeñas furgonetas chinas con el frente ovalado, tan pequeñas que parecían de parvulario y que iban a salir rodando como un balón, se ubicaban por todas partes, en medio de camiones para el transporte de

pasajeros, autobuses y otros furgones de modelos más alargados. En uno de aquellos, pintado de color blanco con rayas amarillas y verdes, fui a subir yo.

Una vez adentro, me pareció que iba a ser un viaje cómodo y tranquilo. Ya tenía la visa y todos los permisos sacados en la comisaría, entonces me esperaban cerca de cuatrocientos kilómetros de ruta. Cinco horas de viaje transcurrieron por una vía asfaltada, llana y sin sobresaltos hasta llegar a la ciudad de Gadarif, Sudán, capital del estado homónimo, una ciudad pequeña que se veía más tranquila que Jartum, aunque también estaba llena de decrepitos edificios de fachadas negras, como si hubiera habido un incendio; las calles eran de tierra más oscura y compacta, menos polvorienta, pero más pegadizo el barro, con los puestos de comida en sus bajos al descubierto con sillas y mesas azules al lado de columnas verdes; la gente sentada a la sombra, grandes ollas en la calle, vehículos, hombres vendiendo agua de un gran depósito en un carro tirado por un burro, bicis y triciclos motorizados transitando por el medio de la vía.

Pasé allí solamente una noche. Para lo que estaba acostumbrado en Sudán, el hotel donde me hospedé fue todo un lujo. En un soporte colocado en la pared, había una manguera de agua para el bidé, y al lado un plato de ducha de cerámica a ras del suelo. Por lo menos ya me podía bañar y hacer mis necesidades.

La estancia en Gadarif siguió la misma tónica que la de días anteriores, me topé con gente amable, de galabiya y sandalias, con quienes me senté a beber té en los puestos callejeros. La población era más diversa que en la región de Nubia –como pude apreciar ya desde Jartum–, provenía de diferentes regiones sudanesas, pero también había etíopes, indios, eritreos, somalís.

Lo que más me conmovió fue sentir que en lugares como aquel, alejado de la globalización, disfrutaba del placer de sentirme como uno más. Me sentaba en una mesa rodeado de gente, pedía mi guiso de judías acompañado de pan, y eran aquellos momentos cuando sentía la esencia del viaje. Entonces los días se convertían en dilatados momentos para reconciliarme conmigo mismo y con mis semejantes.

Al día siguiente, temprano por la mañana, me subí en un coche junto con otros compañeros sudaneses y nos dirigimos hacia Gallabat, el último pueblo fronterizo antes de llegar a Etiopía.

En el camino dejamos atrás aldeas de casas redondas de barro con techos de paja, alejadas de todo, diseminadas bajo la luz del sol, y a medida que avanzábamos por la carretera, el suelo negro se volvía más verde, los arbustos más húmedos, y pudimos ver cómo se cultivaba con máquinas el sorgo y otros cereales.

El ruido de Gadarif había desaparecido y la aventura iniciaba nuevamente. Fueron dos horas por carretera hasta llegar a Gallabat, una aldea con unas pocas casas. Bajé del coche y entré en el espacio de aduana de un solo nivel. Solo me faltaban los trámites de rigor, como cambiar el resto de moneda sudanesa a etíope. En la misma calle, cambié el dinero con el primero que apareció, un sudanés, a juzgar por su túnica blanca. Como eran pocas libras sudanesas las que me quedaban, no puse reparo alguno al cambio, cogí sin más lo que me dio en birrs etíopes.

Crucé la frontera a pie y me dirigí al siguiente puesto de migración, una casucha de cemento donde registraron mis datos, tomó mis huellas dactilares y la temperatura para descartar que no era portador de ébola. Fue un cruce de frontera rápido, con poca gente. Salí a la calle del lado etíope, en Metema, y crucé una pequeña valla de madera.

Conforme fui avanzando, los niños comenzaron a acercarse pidiendo limosna, casi sin despegarse de mí. Llevaban la cabeza rapada, vestían zarrapastrosos, con camisetas tres tallas más grandes que les servían también de pantalón. Había chamizos con cantidad de preservativos usados tirados por el suelo, lo cual me indicaba que el sida podía estar presente. Todo alrededor era muy precario y me sentí algo asustado. Caminé solo por la carretera, con la gente mirándome como si tuviera la obligación de darles algo. Me di cuenta de que todo había cambiado.

Dos kilómetros más adelante había un descampado de donde salía el transporte. Había mucha pobreza. Los adultos me daban cierto canguelo con sus penetrantes miradas, en las que podía verse las marcas de una vida difícil. En los rostros de esos hombres delgados, de aspecto aguerrido, veía las huellas de la miseria. Me limité a subir a una furgoneta que salía rumbo

a Gondar, y al lado mío subieron unos cuantos pasajeros sin dirigirme la palabra.

Iban envueltos en un grueso mantón con un largo palo de madera o bastón. Miré a mis compañeros de viaje sin poder comunicarme con ellos mientras tapaban con una lona azul de plástico toda la mercancía del techo.

Era difícil no estar alerta, pues en ocasiones la furgoneta paraba y subía algún hombre con una metralleta kalashnikov colgada del cuello, que al sentarse depositaba entre sus piernas. ¿Cómo no sentir un impacto por todo lo que veía? Lo único que sabía era que tenía que adaptarme a los cambios en África, familiarizarme con ellos, pues todo era día a día. Tras salir del poblado de Metema, la carretera se remontaba en altas tierras. De los desiertos de Sudán pasaba entonces a las montañas de Etiopía.